

EL TRABAJO INDUSTRIAL DE LA MUJER EN LA ECONOMÍA SUMERGIDA: LAS APARADORAS DE CALZADO EN EL BAJO SEGURA*

Ana Melis Maynar y Gregorio Canales Martínez*

Universidad de Alicante

RESUMEN

El aparato constituye la fase más representativa de la industria del calzado y hasta la crisis de los años setenta se desarrollaba en el interior de las fábricas. Desde entonces, la respuesta de los empresarios para el mantenimiento de su actividad y de sus beneficios ha consistido en la externalización de esta fase de la producción que requiere abundante mano de obra. El proceso de deslocalización que en un principio tuvo lugar en el medio urbano, con el tiempo se ha expandido por el área rural, aprovechando una mano de obra femenina con desempleo crónico. Las mujeres en sus domicilios particulares representan la fuerza laboral clave en el «aparado». El trabajo ha generado en estos núcleos una vía posible de crecimiento que ha evitado la emigración y ha consolidado un desarrollo sostenido. Además, debido a su flexibilidad y capacidad de adaptación, rompe los esquemas tradicionales, excesivamente rígidos, sobre clase y género.

Palabras clave: Economía Sumergida. Mujeres. Trabajo a Domicilio. Industria Calzado.

SUMMARY

Until the crisis of the 1970s, el aparato or «stitching» represented the most important step in the industrial production of footwear situated in factories. Since then employers seeking to maintain their interests in this industry have turned to an unemployed labour

Fecha de Recepción: 15 de abril de 1997.

* Departamento de Geografía Humana. Universidad de Alicante. San Vicente de Raspeig (Alicante).

* Este trabajo forma parte de un estudio más amplio que bajo el título: «*El trabajo a domicilio en Alicante: las estrategias de adaptación de los grupos domésticos*». se está realizando bajo la dirección de A. Melis Maynar en el Dpto. de Humanidades Contemporáneas (Área de Antropología), dentro de la Ayuda a Grupos Precompetitivos en la Universidad de Alicante. La investigación forma parte, además, del Proyecto *Recursos Humanos e Industrialización en la Comunidad Valenciana (1860-1994)*, Programa de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico de la Generalitat Valenciana, GV-2401/94.

force for this type of work. This process of decentralization took place at **first** in urban centres but **later** was extended to rural **areas** in order to take advantage of a female labour force which had faced chronic unemployment. Women **working** within **domestic** contexts in rural communities now represent the key labour force in el **aparado** of footwear production. This new female labour force has prevented emigration and consolidated sustained economic development in rural **communities**. Additionally, the flexibility and adaptive potential of this new work force has **meant** a notable departure from **traditional** definitions of gender and class.

Key words: Informal Economy, Women, Domestic Work, Footwear Production.

I. INTRODUCCIÓN

La industria del calzado representa uno de los tejidos productivos más importantes de la provincia de Alicante. En efecto, existen municipios especializados en dicho proceso de fabricación -concentrados en el Valle del Vinalopó— como son las poblaciones de Villena, Elda-Petrel y Elche con una tradición que se remonta a mediados del siglo XIX¹.

En los años setenta, la crisis económica y otras variables - como las conquistas realizadas por los movimientos sociales en general y por los sindicatos en **particular**— desencadenaron una modificación estructural en el sector industrial que afectó directamente a las empresas del calzado localizadas en los centros urbanos². Se produjo un cambio radical en la organización empresarial con la quiebra del modelo de integración vertical característico hasta entonces, que se sustituyó por un modelo más flexible con tareas desagregadas. En este proceso despiertan al desarrollo industrial en un primer momento áreas rurales próximas a los núcleos urbanos del Valle del Vinalopó³. En una segunda fase, se incorporan espacios rurales más alejados como el Bajo Segura. Hasta ese momento, en esta comarca, no existía ningún sector industrial autóctono con relevancia, hecho que provoca el trasvase de trabajadores de otros sectores (agricultura y construcción fundamentalmente) a las fábricas, donde se incorporan como mano de obra —teóricamente sin cualificar— para surtir así a un buen número de empresas de calzado que, posteriormente, han desplazado parte de su producción o la factoría íntegra - desde Elche y el corredor del Vinalopó— hacia el Bajo Segura en busca de menores costes salariales. Destacan entre ellos los municipios de Orihuela, Callosa del Segura, Catral y Dolores por

1 BERNABÉ MAESTRE, J.M. (1976): *La Industria del calzado en el Valle del Vinalopó*, Valencia, Dpto. de Geografía, Univ. de Valencia. MIRANDA ENCARNACIÓN, J.A. (1991): *Hacia un modelo industrial. Elche, 1850-1930*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

2 SABA, A. (1981): *La Industria Subterránea. Un nuevo modelo de desarrollo*, Valencia, Institució Alfons El Magnànim, Diputació de Valencia. SANCHÍS, E. (1984): *El trabajo a domicilio en el País Valencià*. Madrid, Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer. IBARRA, J.A. (1986): *Análisis coyuntural en economías ocultas. Reflexiones críticas*, Madrid. I.N.E.

3 PONCE HERRERO, G. (1990): «El proceso de industrialización reciente de un área marginal: La Vall de Beneixama (Alicante)», *Investigaciones Geográficas*, nº 8, Alicante, Instituto Universitario de Geografía, Univ. de Alicante, pp. 131-151.

estar mejor comunicados con Elche a través de la carretera nacional 340 y la comarcal de Crevillente a Torrevieja⁴.

Una de las primeras fases en desagregarse dentro de la industria del calzado fue el aparado —dando origen a una nueva etapa de la producción zapatera— debido a su simplicidad tecnológica (solamente se requiere una máquina de coser) y a razones de tipo social (entre otras la abundante mano de obra femenina sin empleo). En efecto, son las mujeres las protagonistas de esta actividad cuyo término, «aparado», se ha incorporado al lenguaje común entre las personas que se dedican a estas labores, hasta el punto que se las conoce con el nombre de aparadoras. El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, recoge ya esta denominación referida a procesos vinculados con la fabricación del calzado. Literalmente se define así: «coser las piezas de cordobán, cabritilla u otra materia de que se compone el zapato para unir las y coserlas después con la plantilla y suela»⁵.

En su sentido actual y coloquial permanece sin alteraciones, pues entre los artesanos e industriales del sector se entiende por aparado el cosido, la unión o el ensamblaje de todas las piezas de piel o de cualquier otro género que se necesita para dar forma a un zapato. Por tanto, se conoce por aparado un proceso minucioso debido a las distintas partes que forman un zapato; el propio lenguaje lo deja de manifiesto al utilizarse entre los trabajadores una terminología específica que define y caracteriza cada una de las tareas. Los nombres recuerdan los instrumentos o las piezas que componen el calzado (talonera, flecadora, ojetera y embastadora entre otras), todo lo cual da una idea del quebrado entramado en el que se desenvuelve el mundo del aparado.

La estrategia de descentralización cuajó sin trabas en la comarca del Bajo Segura, al contar con una oferta de mano de obra abundante y barata. El sistema de relaciones de empleo se basó en el parentesco y la vecindad, mediante una dinámica laboral en buena parte clandestina y dispersa, perfectamente integrada en la vida social.

El aparado, forma parte del complejo mundo de la economía sumergida (informal, irregular, oculta e ilegal), entendiéndose por ésta «la suma de actividades económicas que escapan a las regulaciones fiscales»⁶. En efecto, resulta difícil su control y seguimiento debido a que se realiza en los domicilios particulares, lejos de las fábricas, donde una enorme masa de personas anónimas (preferentemente mujeres), conforman la nueva, extensa y desperdigada flota de trabajadores⁷. Los empresarios consiguen de esta manera mantener los beneficios pues la falta de empleados fijos les permite huir del control fiscal; por otro lado, el sistema de pago a destajo y el hecho de que sean los propios trabajadores quienes deben comprar y mantener la maquinaria apropiada para realizar la tarea, conlleva la reducción al máximo de los gastos a la empresa.

4 CANALES MARTÍNEZ, G. (dir.) (1995): *El Bajo Segura. Estructura espacial, demográfica y económica*, Murcia, C.A.M. Fundación Cultural, Universidad de Alicante.

5 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1984): *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Espasa-Calpe (vigésima edición). Tomo I, p. 106.

6 RUESGAS BENITO, S.M. (1986): *Economía oculta: De la definición y de los métodos de estimación*, Madrid, I.N.E.

7 MELIS MAYNAR, A. (1989): «El papel de la mujer en la economía sumergida», *Eres (Serie de Antropología)*, n.º. 2, vol. 1, Santa Cruz de Tenerife, Cabildo de Tenerife, pp. 127-139.

La aproximación al fenómeno desde un punto de vista cuantitativo es prácticamente imposible; de hecho, la abundante bibliografía publicada desde los años setenta hasta la actualidad ha incidido en la necesidad de realizar aproximaciones cualitativas." El trabajo de campo realizado por nosotros coincide con esa perspectiva y centra su atención en los modos, percepciones y sentimientos que genera en las personas involucradas, es decir en la vida cotidiana de los protagonistas.

Con estas premisas, la investigación aborda la importancia que el trabajo a domicilio de la industria del calzado ha adquirido en los municipios rurales del Bajo Segura, que son representativos del gran desarrollo que esta actividad ha cobrado, durante los últimos veinticinco años, en la provincia de Alicante por donde se ha extendido como una mancha de aceite desde los centros pioneros⁹.

La crisis del sector agrario y la carencia de actividades industriales favoreció la aparición y el desarrollo del trabajo a domicilio, modalidad industrial característica de los años setenta y ochenta. A su vez, esta especialización ha convertido algunos núcleos en sedes de pequeños talleres (algunos filiales de los centros empresariales alicantinos) y en centros distribuidores de trabajo a domicilio, creando su propia red de aparato en una comarca donde esta actividad no estaba suficientemente implantada¹⁰.

II. TIPOLOGÍA DE TRABAJADORES DEL APARADO

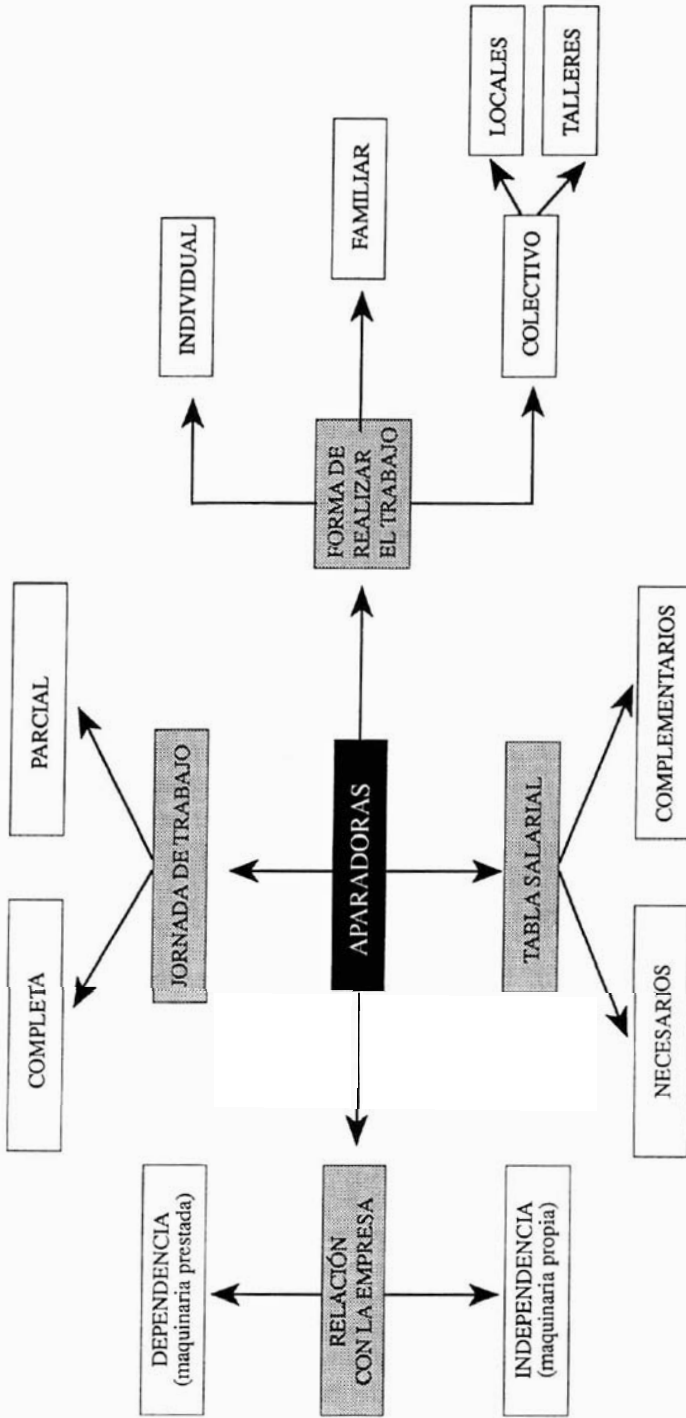
La experiencia etnográfica refleja que las divisiones establecidas tradicionalmente en torno a los conceptos de *clase* y *género*, habría que matizarlas. Los rígidos esquemas tienden a romperse en el caso que se analiza. En cuanto al concepto de clase, hoy día carece de sentido presentar este trabajo como propio de una clase social baja, puesto que muchas familias —de clase media— están implicadas también en el mismo. Respecto al concepto de género, bien es verdad que hasta ahora ha predominado entre mujeres; sin embargo, como se demuestra, se aprecia, cada vez más, la incorporación masculina poco visible aún, debido a los prejuicios sociales.

Por eso, a la hora de hacer una clasificación, se proponen otras variables que enriquecen las anteriores, de manera que consideramos las cuatro siguientes: la primera atiende a *la jornada de trabajo* y analiza tanto a los que se dedican exclusivamente a este tipo de empleo como a aquellos que lo hacen de forma temporal compaginándolo con otra actividad. La segunda toma como referencia el *modo de realizar el trabajo* y describe desde las familias en las que todos sus miembros —tanto mujeres, como hombres y niños— están comprometidos en la producción del calzado, hasta la joven que cose en solitario en la vivienda *paterna*, así como las que lo hacen de forma colectiva en un lugar

8 MELIS MAYNAR, A. (1984): «La mujer y el trabajo a domicilio en la comarca del Alto Vinalopó (Alicante)», *Actas III Congreso de Antropología*, San Sebastián, Univ. del País Vasco (en fotocopia).

9 MELIS MAYNAR, A. y CANALES MARTÍNEZ, G. (1996): «El trabajo a domicilio en la Vega Baja del Segura (Alicante): origen y desarrollo en un municipio agrícola», *Investigaciones Geográficas*, n.º 16, Alicante, Inst. Universitario de Geografía, pp. 137-154.

10 BELANDO CARBONELL, R. y CANALES MARTÍNEZ, G. (1990): «Proceso de industrialización reciente en los municipios huertanos del Bajo Segura (Alicante)», *III Reunión de Geografía Industrial*. Sevilla, Asociación de Geógrafos españoles, Univ. de Sevilla, pp. 151-161.



Tipología de trabajadores de aparado

común o en un taller. La tercera considera *la remuneración salarial*, en la que aparecen aparadoras cuya única fuente de ingresos deriva del trabajo a domicilio y aquellas otras cuyos ingresos sirven de complemento para la economía familiar. Como cuarta variable se refleja la *relación del trabajador con la empresa* a través de la herramienta de trabajo, la máquina de coser, que puede ser propia o prestada. La descripción de los grupos está basada en las entrevistas realizadas a los protagonistas del aparato, de cuyos testimonios se han seleccionado aquellos casos que a nuestro juicio son exponentes de cada uno de los apartados arriba señalados (ver figura).

Con estas variables en juego, el estudio que se presenta reúne varios grupos domésticos de trabajadores jerarquizados y estratificados que no son excluyentes entre sí. Los cuatro indicadores antes señalados pueden cruzarse de múltiples formas y dan pie a colectivos con motivaciones y matizaciones diferentes. Estas variables en estudio sirven para comprender el porqué de la existencia de esta modalidad de trabajo, de su mantenimiento y de su gran expansión en los últimos años, debido a la ductilidad que tiene el proceso productivo del trabajo doméstico, caracterizado por una gran variabilidad organizativa. Es precisamente la flexibilidad y la adaptabilidad a cada circunstancia familiar y personal lo que hace que el aparato entre con facilidad y se consolide con tanta fuerza.

Efectivamente, el aparato, por sus características, ha penetrado en un territorio virgen en cuanto a tradición industrial y se ha desarrollado en una comarca de población numerosa, enormemente laboriosa, aunque con desempleo crónico para la mujer. Hasta los años setenta, la única vía posible de trabajo para las mujeres se centraba en la agricultura - e n labores eventuales — y en su propio ámbito doméstico, sin ninguna remuneración específica y dependiendo siempre del cabeza de familia. Desde entonces y pese a las condiciones del aparato, la mujer se ha incorporado masivamente buscando en el mismo la doble finalidad de conseguir un salario propio debido a su trabajo (algo que nunca tuvo) y una organización y responsabilidad directa sobre la actividad que realiza.

11.1. La jornada de trabajo

Al tomar como referencia la dedicación laboral de los protagonistas, se observan dos colectivos perfectamente delimitados: los que entienden el trabajo a domicilio como un empleo a tiempo completo, al realizar jornadas que superan las ocho horas y los que lo compaginan con otras actividades en cuyo caso sólo le dedican algunas horas diarias.

11.1.a. Familias dedicadas de manera exclusiva al aparato

Dentro del primer colectivo hay familias en las que el matrimonio, es decir tanto el hombre como la mujer, se ocupa de forma exclusiva al aparato. Aunque todavía es poco frecuente la vinculación masculina a esta actividad, cada vez está cobrando mayor auge debido a la crisis de empleo. La confirmación de esta variante ha sido posible debido a la observación directa realizada por medio del trabajo de campo. Sin embargo, en la configuración mental y en la escala de valores de los trabajadores, apenas existe. La incorporación del hombre al aparato está muy mal considerada y tiende a ocultarse. De hecho, en las

entrevistas realizadas, cuando se sorprendió a los hombres sentados en la máquina, paraban automáticamente su manejo, bajaban la cabeza y aclaraban que «estaban echando una mano a la mujer». Ella asumía rápidamente el protagonismo e indicaba el aparente papel de ayuda que el hombre practicaba. Literalmente se nos decía: «como está en el paro se sienta algunos ratos conmigo para ayudarme, es mejor esto que irse al bar». Los hombres actuaban con pasividad y se sentían un tanto avergonzados de haber sido sorprendidos manejando la máquina.

En los casos detectados de matrimonios aplicados al aparato, los varones desempeñaban con anterioridad funciones en la agricultura, construcción o en actividades afines a la misma pero siempre dentro de la categoría de jornaleros o peones, es decir, mano de obra asalariada sin asumir ningún cargo de responsabilidad. Algunos tenían experiencia en la industria del calzado por haber trabajado en empresas del sector. La falta de seguridad en el empleo ha hecho que muchos de ellos alternaran desde años atrás las labores temporales con el trabajo en casa, que se hacía más intenso cuando estaban recibiendo el subsidio de desempleo.

La ocupación de ambos a este trabajo ha significado una concentración de esfuerzos que permite rentabilizar ostensiblemente la productividad. La dedicación continuada lleva consigo la inversión de parte de su capital en la compra de otro tipo de máquina más especializada que no solamente hace el trabajo normal de una aparadora —el *cosido*— sino que además dobla las piezas de cuero. Para esta labor, se requiere una máquina específica que es mucho más cara; frente a la de aparato que puede costar —de primera mano— unas trescientas mil pesetas (en segunda mano unas 60.000 pts.), la máquina de doblar supera con creces el millón, siendo muy escasas las que se ofertan en *reventa*. Este desembolso sólo es comprensible desde una ocupación laboral permanente por parte de los dos y, según nos manifestaban, en la coyuntura actual resulta más rentable que cualquier otro trabajo. En algunas viviendas nos confirmaron el haber hecho una inversión próxima a los dos millones y medio de pesetas en máquinas, pero debido a que el doblado es una de las faenas mejor remuneradas, pudieron amortizar con relativa facilidad el gasto contraído.

Los matrimonios de estas características declaran realizar algo más de mil pares al día que, pagados a ocho pesetas el par, suponen unos ingresos diarios para cada uno que oscilan entre ocho y diez mil pesetas, y que al mes dejan un salario que puede superar las cuatrocientas mil pesetas dependiendo de los modelos de calzado. No obstante, hay que reseñar que dicha cantidad se consigue trabajando jornadas laborales muy extensas y por otra parte, debido a la temporalidad del calzado, a la variabilidad del mercado y de los modelos, siempre sujetos a la moda, son cifras que solamente se alcanzan determinados meses pero nunca tienen un carácter uniforme y seguro.

Las parejas que se encuentran en estas condiciones son las más reticentes a la hora de la entrevista por dos razones: en primer lugar y como se ha dicho anteriormente, porque está poco reconocido el trabajo masculino en el aparato; en segundo lugar, porque evitan dar a conocer los ingresos que reciben. Por estos motivos derivan la conversación hacia otros campos más *banales*, intentando enmascarar la situación de relativa bonanza en la que momentáneamente se encuentran. Hasta hace pocos años, estas labores se efectuaban dentro de las fábricas, lo cual explica la poca difusión que tiene todavía en los domicilios

por el alto coste de las máquinas. Sin duda estos operarios —los más escasos— se sitúan en el escalón económico más alto de los trabajadores a domicilio y guardan celosamente su relativo privilegio para evitar la competencia.

II.1.b. Trabajadores con dedicación parcial

Frente a los trabajadores antes citados y mejor remunerados, se encuentran otros cuya pluriactividad y excesiva carga familiar les sitúa en un escalón más bajo. Se trata de los matrimonios que participan por igual de las cargas y responsabilidades familiares, aunque todavía en el sistema tradicional de valores siga considerándose al hombre como única autoridad económica. Los casos más generalizados corresponden a familias extensas, cuyos miembros viven en el mismo domicilio o en viviendas separadas, pero que desempeñan sus actividades laborales y sociales en común. El peso económico y la autoridad que años atrás —cuando la agricultura era la tarea principal— corría a cargo de la generación hoy envejecida, se ha trasladado recientemente a la segunda generación que desempeña funciones laborales muy distintas a las de antaño.

A este apartado corresponden las familias de menor nivel de renta. Por lo general, los cabezas de familia son agricultores minifundistas o de secano que no cubren toda su dedicación a las tierras sino que trabajan además como asalariados para otros propietarios medios. En algunos casos, compaginan la actividad agrícola con trabajos de albañilería o «chapuzas» en la construcción, como ellos mismos dicen. Hay en este grupo cabezas de familia entregados en exclusiva al mundo de la construcción.

Las mujeres han trabajado siempre aunque de forma temporal en otros trabajos, como son la recogida de las cosechas hortofrutícolas, el envasado en almacenes de comercialización y en el servicio doméstico. Desde el momento en que asumen nuevas responsabilidades familiares, con una prole numerosa, sus posibilidades de salir a trabajar fuera del hogar y de la comunidad, se limitan hasta quedar prácticamente reducidas a la nada. Esta situación se agrava todavía más, cuando se añade la necesidad del cuidado de los progenitores, quienes debido a su avanzada edad o a las enfermedades, no pueden hacerse cargo de los nietos, lo que lleva a las mujeres a aceptar cualquier trabajo que no suponga el desplazamiento del hogar.

A la sobrecarga humana se añade en este caso el recargo laboral, pues además de ocuparse de las faenas de la casa y de los hijos, se sientan a la máquina un mínimo de cuatro horas al día, según declaran muchas informantes. El objetivo es conseguir unos ingresos que les permita cubrir un sinnúmero de necesidades, aunque eso sea posible a costa de una vida muy ajetreada; en este sentido, las entrevistadas indicaban que «las cosas de la casa las hacemos de prisa y corriendo».

En este colectivo, las mujeres consideran de gran valor la ayuda y el apoyo que reciben de los abuelos y de los hijos cuando éstos salen de la escuela. La vida familiar se ha trasladado en pocos años de la vieja cocina de leña a una habitación fría y vacía de mobiliario donde a lo sumo se encuentra una máquina de coser y algunas sillas que destacan en el blanco color de las paredes. Los muebles casi no existen para albergar mejor los enormes sacos de plásticos llenos de «la faena», que una vez terminada es clasificada y recogida por los pequeños. Los abuelos quedan a las órdenes de la hija o la

nuera que les dirige en las labores a desempeñar; éstos normalmente realizan la función de montar o ensamblar las piezas que ella debe coser con la máquina, o bien recortan los hilos sobrantes una vez que han salido de la misma, apoyo laboral indispensable para cumplir el compromiso de la mujer con el intermediario. De esta manera, se consigue un mayor rendimiento y productividad por hora de trabajo, pues no debe olvidarse que se realiza a destajo y que está remunerado en función de los pares de calzado confeccionados. Con ese trabajo al día y con la ayuda familiar que se ha descrito, la mujer puede aportar un jornal para la casa que oscila entre las cinco y diez mil pesetas a la semana, al dedicar entre tres y seis horas al día, lo que representa una aportación beneficiosa en los parámetros económicos de estas familias.

11.2. El modo de realizar el trabajo

En este epígrafe agrupamos a las aparadoras según la manera de organizarse el trabajo. La observación directa destaca tres modalidades que se presentan en la forma de: a) aparadoras solteras o casadas que trabajan en solitario dentro de sus viviendas; b) aparadoras que lo hacen en unión de otros miembros familiares y por último, c) aquellas que se agrupan en un domicilio particular o en talleres para realizarlo colectivamente.

11.2.a. Aparadoras en solitario

La primera categoría corresponde a una de las formas de trabajo más extendida en la comarca de estudio. Las protagonistas son mujeres jóvenes que han realizado estudios primarios y en ciertos casos han **terminado** los estudios secundarios. Son chicas cuyas edades oscilan entre los dieciocho y veintiséis años y algunas han intentado trabajar en otros lugares pero no ha sido posible por su falta de preparación. Por ello asumen el **aparado** y razonan su permanencia al reconocer que no están capacitadas para desempeñar otro tipo de trabajo. Dentro de este grupo, cabe distinguir dos mentalidades entre las aparadoras: por un lado, aquellas que permanecen en sus casas por razones de cohesión familiar y respeto a los padres, cuyos comportamientos y valores son muy tradicionales; por otro lado, las que realizan una vida más independiente y no tan sujeta a la autoridad paterna o familiar, más acorde a los patrones urbanos de vida. Ambos casos se incluyen en este apartado.

Se trata por lo general de jóvenes que, tras su período de formación, deciden como otras tantas chicas asumir el trabajo de aparadoras de manera profesional. La frustración por no encontrar un empleo mejor, las abocó a aceptar «**el cosido**» que se practicaba en su localidad como la alternativa laboral más ventajosa. A esta circunstancia hay que añadir otras consideraciones no menos importantes como son la de no tener que desplazarse del pueblo puesto que en el mismo existen varios talleres y la extracción social a la que pertenecen; intentan así superar las duras condiciones de trabajo que sus madres habían sufrido, sujetas a una contratación temporal y variada. En efecto, muchas de ellas habían compaginado la dedicación doméstica con trabajos eventuales en el campo (recogida de cosechas) y en el embalaje de las mismas en un almacén hortofrutícola, mientras que sus maridos, al no contar con abundante tierra de regadío para completar toda su jornada laboral, han tenido que practicar un trabajo asalariado en la agricultura.

Las jóvenes que agrupamos bajo esta categoría reúnen una serie de características que les son comunes: la mayoría realizan esta actividad con una dedicación laboral a tiempo completo, aunque todas reconocen que el horario no es rígido ya que lo adaptan a las necesidades e intereses de cada día, si bien lo dividen en cuatro horas por la mañana y otras tantas por la tarde. Muchas decían: «yo no me pierdo la telenovela y el tomar un café después de comer con las amigas» y reconocían que esa flexibilidad es una de las ventajas del trabajo a domicilio. Alguna de ellas, con experiencia anterior en una fábrica, añadía: «no soportaba tener los ojos del encargado clavados en mí todo el día»; otra indicaba que durante el tiempo que estuvo en un taller «se iba al aseo por mirar el techo y dejar así de estar pegada a la máquina». La mayoría de las entrevistadas coincidieron en valorar muy positivamente la autonomía que gozaban a la hora de estructurarse ellas mismas el trabajo. La soledad del apartado, pese a estar tantas horas al día frente a la máquina, no es un inconveniente digno de destacar. Lo prefieren a cambio de poder organizar sus interrupciones y descansos.

La organización de su tiempo laboral no siempre lleva consigo el control total de sus ingresos al entregar, algunas, parte del salario a sus progenitores, si bien cada vez es más frecuente encontrar jóvenes que costean sus vacaciones. Aquellas que disponen de mayor autonomía no entregan a los padres su remuneración sino que la administran personalmente para sus caprichos y su porvenir. Se dan casos de jóvenes que ahorran para comprarse un coche y otras, con mayores inquietudes laborales y con voluntad de independizarse de su familia, invierten en cursillos de formación profesional que les permita alcanzar un nivel de especialización más elevado.

II.2.b. Aparadoras con compañía

Como prototipo se analiza una familia numerosa; el padre trabaja en la construcción con ingresos insuficientes. De los cuatro hijos, los dos pequeños están realizando los estudios primarios y las dos chicas mayores de dieciocho y veinte años permanecen en la casa. Estas últimas terminaron su formación básica a los catorce años y se integraron como aparadoras; según sus propias palabras: «nunca intentamos irnos fuera ni buscar en otro lugar teniéndolo aquí (el trabajo)». Las dos hermanas entraron en una fábrica de calzado donde aprendieron el oficio de aparado. Tras esa primera experiencia de dos años fueron despedidas pero continuaron vinculadas a la empresa a través del trabajo a domicilio. En efecto, el encargado les cedió la maquinaria necesaria para continuar la faena en su propia vivienda. La madre, en los ratos libres del quehacer doméstico se sentaba con ellas «a echarles una ayuda», tanto en las labores previas de montaje de piezas para agilizar el cosido de las mismas, como en el acabado final (quitar hilos y clasificar los pares). Años antes, era ella quien asumía el cosido, de forma que sus hijas habían visto este tipo de trabajo con naturalidad. La propia madre lo describía así: «siendo muy niñas, al regresar de la escuela, cogían la máquina como un juguete».

En el área de estudio, los jóvenes de la generación actual están familiarizados desde muy pequeños con este mundo laboral de manera que desde la infancia perciben día a día que la familia y el trabajo están unidos en el hogar. Lejos quedan aquellas clasificaciones un tanto forzadas de que la industrialización llevó consigo la separación radical entre

producción y reproducción. Los varones sin embargo prefieren seguir el modelo paterno y a la hora de buscar trabajo, si es preciso, salen fuera de la localidad. El turismo, la construcción y la industria son las ramas que atraen a los jóvenes.

Este grupo que se corresponde con una familia tradicional en donde a las hijas les cuesta irse de su entorno, está caracterizado por unas pautas todavía bastante autoritarias. Los padres, en estos casos, continúan asumiendo el control de los ingresos que llegan a la casa y ellos los distribuyen, de manera que los salarios ganados por las hijas pasan a engrosar el fondo común con el que se cubren los gastos familiares, excesivos para los ingresos insuficientes del padre. A la par, la madre separa una cantidad que distribuye en las cartillas de ahorro de cada hija, al objeto de tener un remanente con el que sufragar los gastos futuros de las mismas, «para confeccionar o comprar el ajuar». En una sociedad tradicional, el matrimonio adquiere una importancia fundamental para el futuro de las hijas.

La jornada de trabajo en el supuesto que se está analizando abarca el horario habitual de cualquier fábrica o taller con una dedicación completa de ocho horas mínimo, aunque se debe señalar que al ser labores a destajo, si es necesario o si son las vísperas de la entrega, esta jornada se puede alargar a diez o doce horas. Llegado este caso, incluso los hermanos menores y a veces hasta el propio padre dan ayuda a las chicas. Esta total entrega al trabajo deja pocas distracciones a las jóvenes y se encuentra reconocida con unos ingresos que oscilan entre quince y veinte mil pesetas semanales para cada una, salarios según ellas mismas «bastante altos, incluso mejores que lo que pagan en fábrica». Pese a esta dilatada jornada laboral, muchas jóvenes ven una ventaja el estar en casa y lo reconocían textualmente: «prefiero trabajar sin el agobio de jefes o encargados que te controlan demasiado y no te dejan ni respirar, mientras que en mi casa yo me organizo la faena como quiero y cuando quiero».

Las familias que reúnen dichas características reproducen pautas enormemente tradicionales en cuanto a sistemas de valores se refiere. El trabajo que la madre y las hijas realizan, aún recibiendo mayor salario en muchos casos que el del padre, se considera como una «ayuda». Para todos sus miembros es importante que la familia permanezca unida, que las hijas no vayan «por el mundo adelante» y que puedan ganarse la vida en la casa. La interiorización de estos valores se racionaliza de manera clara, en cuanto las trabajadoras afirman: «es mucho mejor trabajar en casa, así te puedes organizar tú el tiempo y no gastas en transportes». El ahorro es un valor prioritario a considerar en la familia y la dedicación de las jóvenes al aparato en una sociedad que ofrece pocas posibilidades de formación profesional, de reciclajes y de empleos alternativos, se contempla como la única salida lógica y posible en comunidades de carácter rural próximas a los núcleos industriales.

II.2.c. Grupos de amigas

Otro grupo de aparadoras es el formado por aquellas que se reúnen para realizar el trabajo en común. Suelen ser jóvenes adiestradas en fábricas de Elche o en talleres de la propia comunidad. Una característica común a todas es que se mantienen solteras y su edad oscila entre los veinte y los veintiséis años. Se trata de una experiencia nueva en los

ambientes rurales y que parece estar influenciada por una similar que se encuentra más extendida en los centros urbanos. En estos últimos, la motivación para esa asociación informal ha nacido de una doble necesidad: por un lado, la practican jóvenes que han llegado al municipio de lugares más lejanos y por consiguiente carecen del apoyo familiar en las faenas domésticas; por otro, al encontrarse algunas con hijos pequeños se reúnen para ayudarse en el cuidado de éstos, estableciendo turnos de atención y de recogida de la escuela. Sin embargo, en los municipios analizados, este tipo de asociación ha surgido no tanto por las necesidades de carácter doméstico sino más bien por razones de orden psicológico y de disponibilidad de locales. Al ser chicas jóvenes y al haber contado con una experiencia positiva en las fábricas de Elche, añoraban el contacto con las compañeras y optaron por intentar una estrategia similar, que ahora se encuentra más incentivada al no tener encima la «mirada constante» del encargado del taller.

Para poder llevar a cabo el proyecto dispusieron del local que un familiar de una de las cinco chicas les prestó para ese fin. Pertenecía a sus abuelos, recientemente fallecidos, y mientras la casa no se necesite para otros usos, pueden disponer de ella. También es frecuente la ocupación de una vivienda rural situada en la huerta y que ha quedado deshabitada al desplazarse sus inquilinos a residir en el núcleo. De hecho, en otras comunidades rurales cercanas, e incluso en las propias ciudades de Elche, Elda y Villena, en estas viviendas agrícolas se localizan un alto número de talleres. En opinión de algunas de las entrevistadas, la posibilidad de realizar el trabajo juntas cumple una doble función nada desdeñable: en primer lugar, este agrupamiento crea un sentimiento de identidad colectiva que les hace más llevadero el trabajo; en segundo lugar, al disponer de autonomía se sienten más libres a la hora de organizar tanto su tiempo como su labor. En sus explicaciones parece reflejarse una idealización respecto a esa «teórica libertad y facilidad de comunicación entre ellas».

El trabajo en común les estimula a una mayor productividad frente a las aparadoras que trabajan en solitario dentro de sus viviendas particulares. Las condiciones laborales se desenvuelven en un ambiente mucho más relajado. El local elegido es la habitación más grande (el antiguo comedor), en el que las máquinas de aparato se han colocado de manera muy distinta a la que hay en el taller. Las cinco compañeras se sientan mirándose unas a otras, a diferencia del taller en donde las colocan en línea dándose la espalda. La habitación está animada por un televisor y una radio que alternan según sus intereses. A diferencia de los talleres, donde el único ruido posible es el de las propias máquinas, en estas viviendas de trabajo asociado, domina un ambiente más distendido. Siempre hay alguna que está contando un chiste, una broma, una curiosidad o su última aventura. En esas condiciones se les hace más llevadera la jornada laboral que, en ningún caso, está por debajo de las ocho o nueve horas.

La agrupación física que se ha descrito no implica una colaboración laboral puesto que se mantiene la misma estructura organizativa que entre las trabajadoras a domicilio individuales. Cada una establece su responsabilidad laboral con el intermediario y debe responder al parte de faena que éste le entrega cada semana o quincenalmente. Por ello, cada una realiza diferente tarea con distinta remuneración y parece llevar consigo una menor competencia que la que existe dentro de los talleres. El aspecto asociativo de estas aparadoras queda reflejado además en la participación por igual de las cargas que soporta

la vivienda o local (limpieza, gastos de agua y electricidad). Esta experiencia, aunque no es muy frecuente todavía, parece que empieza a cobrar auge entre las más jóvenes.

II.2.d. Aparadoras en talleres

Los talleres comenzaron a extenderse por la provincia de Alicante en la década de los setenta, aunque fue durante los años ochenta cuando tuvieron su mayor auge. En la actualidad, ante el período de crisis coyuntural por el que atraviesa el sector muchos de ellos han desaparecido al tiempo que se ha incrementado el trabajo a domicilio propiamente dicho. Sin embargo, la concentración de aparadoras en talleres todavía es una práctica muy frecuente y tiene una incidencia notable en la zona rural que es objeto de estudio, debido a que es la actividad más importante dentro del sector manufacturero.

Frente al aparato a domicilio, el taller cumple un triple objetivo: en primer lugar, es el lugar de aprendizaje básico de la actividad del aparato, hecho constatado a través de la información suministrada por las entrevistadas: «es allí donde todas hemos aprendido». La mayoría de las jóvenes que son contratadas en los mencionados talleres saben coser a mano pues es algo que desde niñas aprendieron de sus madres; sin embargo, el manejo o el uso de las diversas clases de máquinas para el cosido del calzado requiere la dirección de alguien con experiencia. En segundo lugar, los talleres son centros de mayor control de calidad dado que están bajo la constante supervisión de un encargado o encargada, pues no hay que olvidar que debido a la colocación de las máquinas —y por consiguiente de las trabajadoras— se consigue una mejor concentración de éstas a «su faena». En tercer y último lugar, los talleres representan la racionalización del trabajo industrial, e incluso, en su momento, tal y como se nos confirmaba «es también un ahorro de energía, de transportes y por consiguiente de costes». Hoy día, debido a las presiones y controles fiscales, los talleres distribuyen la faena — que realizaban años atrás en sus instalaciones — en el exterior. Surge así una constelación de domicilios particulares dedicados a esta labor, tanto en los municipios como en los núcleos vecinos y hábitats dispersos de la huerta, circunstancia que ha vaciado de sentido industrial el taller. En la actualidad, la mayor parte de ellos se ha transformado en almacenes de distribución y clasificación. Por todo ello, la red de repartidores se ha incrementado notablemente en los últimos años, siendo uno de los aspectos fundamentales del entramado del trabajo porque, además de la labor de reparto y recogida de faena, cumple la función de oferta de puestos de trabajo y captación de nuevas aparadoras. Este doble cometido de tipo laboral y social lo desempeñan con las furgonetas que de modo itinerante se desplazan a diario desde las fábricas o talleres de calzado por la abundante red de veredas, caminos y carreteras de la comarca.

En cuanto a los talleres, se puede establecer una doble clasificación: los legales u oficiales y los clandestinos. De acuerdo con el trabajo de campo realizado predominan estos últimos, debido a las razones anteriormente señaladas, aunque también existen irregularidades entre los legales; una de ellas, relativamente frecuente, consiste en diferenciar, dentro de los talleres, a los trabajadores en virtud de si están o no dados de alta en la seguridad social. En muchos, los jefes acuerdan con sus empleados la posibilidad de elegir entre disponer de cartilla o disfrutar de vacaciones pagadas durante un mes al año. A este acuerdo se llega tras una reunión según el jefe «muy sincera, en las que les planteo la

realidad económica de la empresa, y según han sido las ventas, les expongo la cantidad que mensualmente puedo pagar a la seguridad social y a las que puedo **cubrir**». Unos días después, tras la reflexión correspondiente, comunican a la dirección las que se acogen a una u otra modalidad, en función de sus situaciones personales. El empresario, ante una inspección fiscal, enmascara la situación de ilegalidad de estas aparadoras, mediante la presentación de los certificados de alta, cuya titularidad corresponde a las que trabajan a domicilio y que voluntariamente han optado por tener sus propia cartillas de autónomas. Esa prestación se hace a cambio de trabajo.

Por lo que se ha podido comprobar en las entrevistas llevadas a cabo, la mayor parte de los talleres que funcionan en las localidades rurales, tienen un carácter casi familiar, dado que todos los empleados y jefes están unidos por lazos de amistad o vecindad, lo que explica que el fraude se practique con naturalidad sin dar lugar a denuncias o violencias. Estas situaciones son exponentes de una realidad social marcada por la solidaridad que existe en la comunidad. Ante la carencia de otras alternativas económicas se ha desarrollado un sentimiento de comprensión, de tolerancia y de aceptación, que va más allá de las personas y familias implicadas en este complejo entramado laboral y que trasciende a la administración local. Los propios ayuntamientos se muestran reticentes a declarar en contra de sus vecinos ante los órganos oficiales correspondientes. De hecho, se desprende que la ocultación observada se considere incluso hasta bien vista, lo cual se ha podido constatar en múltiples entrevistas y conversaciones en que siempre se nos decía que era necesario «dejar las manos libres a lo empresarios que dan tanto trabajo a nuestros hijos».

Esta solidaridad también ha calado en la relación patrono-obrero, hasta el punto de que, en ocasiones, parece imperar un espíritu de ayuda mutua o de apoyo entre las partes. A diferencia de lo que sucede en las grandes fábricas o empresas, cuyas relaciones son menos personalizadas, en los talleres, el jefe se comporta como un trabajador más a la hora de realizar la faena y de cumplir el horario; coincide con los obreros al compartir aficiones comunes tanto festivas como deportivas y religiosas. De esta manera, se consigue que las relaciones no sean tan rígidas como en las empresas donde predomina el anonimato del obrero.

Sólo así se puede explicar la fácil penetración del trabajo a domicilio en las comarcas alicantinas de forma que, a pesar de ser considerado por la opinión pública, por los sindicatos y por los defensores de los derechos sociales de los trabajadores como un trabajo «**indeseable**», haya calado tan hondo y sea relativamente bien asimilado por unos municipios que, debido a la carencia de tradición industrial y sindical, no ha generado conflictividad social en ese campo.

11.3. La remuneración salarial

Dentro de esta variante, agrupamos a las parejas recientes que, sin cargas familiares, hacen frente a compromisos económicos para los cuales es necesario el trabajo de ambos. Estos trabajadores tienen que amortizar los créditos que solicitaron al casarse para iniciar su nueva vida y con los que cubrieron las necesidades de boda, vivienda y coche.

II.3.a. Aparadoras cuyos ingresos son indispensables para la familia

Los matrimonios jóvenes que pertenecen a esta categoría ya no se sienten apegados a la tierra y casi todos los maridos están dedicados a actividades u oficios auxiliares de la construcción, de lo que resulta un predominio de fontaneros, electricistas, pintores, escayolistas y alicatadores entre otros. Los salarios, aun siendo más altos por tratarse de personal especializado, no son del todo suficientes, por lo que sus mujeres recurren al mismo trabajo que practicaban de solteras. En este sentido, muchas de ellas reconocían que: «las mujeres de este pueblo se han empleado desde años en el calzado», por lo que no les resulta complicado recuperar una actividad que ya ejercían. Las nuevas pautas de vida, la necesidad de ocio y movilidad así como un mayor consumo, llevan consigo un aumento considerable de los gastos domésticos de estas parejas, que se han visto forzadas a incrementar sus ingresos «sea como sea», algo que resulta impensable para sus padres cuyos parámetros de vida no trascienden de la localidad.

El trabajo de aparadora, en casi todos los casos analizados, está considerado más seguro y estable que el del marido. Se ha indicado ya que el cabeza de familia está dedicado a la construcción, actividad que en los últimos años se ha visto sujeta a altibajos. Recientemente, la crisis se ha dejado sentir muy especialmente en este sector llevando a muchos de sus trabajadores al paro o a una eventualidad en su contratación. En esos momentos es cuando se valora auténticamente el trabajo de la mujer como elemento de estabilidad económica hasta el extremo de que los varones desempleados ayudan a sus mujeres, porque los ingresos que el aparato proporciona ya no se consideran complementarios sino que se convierten en el único y verdadero sostén del hogar. Alguna de ellas nos reconocía sin la presencia del marido que «el mío sabe coser tan bien como yo a la máquina». Otra indicaba: «es preferible que haga esto a que esté ocioso en el bar». Al haber sido un trabajo predominantemente femenino, todavía el hombre lo ve con cierto recelo, aunque sea consciente de la importancia que tiene.

Al disponer la mujer de sus propios ingresos, adquiere una mayor consideración en su hogar y en la comunidad. El trabajo a domicilio retribuido, cuya expansión se inicia a mediados de los años setenta, ha coincidido con un desarrollo del asociacionismo y en algunas poblaciones ha conllevado la creación de grupos socioculturales de mujeres que incluso han revitalizado festejos olvidados. En definitiva, se observa una presencia mucho más activa y participativa de la mujer en la vida social de sus municipios, debido a la aportación económica que hacen.

II.3.b. Aparadoras cuyos ingresos son complementarios

Otras circunstancias de vida dan lugar a un grupo de aparadoras claramente diferenciadas de las anteriores, que se pueden sintetizar con la trayectoria de una informante a la que llamaremos Carmen. Es una mujer joven que vive en un bungalow de reciente construcción. Su marido es pintor de brocha gorda al que según ella nunca le ha faltado trabajo. En sus palabras hay admiración y reconocimiento al marido que trabaja jornadas de casi doce horas para ganar el dinero suficiente con el que mantener a la familia que ya tiene un hijo de pocos años. Es interesante el grupo que representa Carmen por cuanto ha estado toda su

vida dedicada a la industria del calzado en Elche. Comenzó su actividad laboral a los quince años, al terminar sus estudios primarios; eran años de mucho trabajo en las empresas ilicitanas, por eso podía trasladarse con alguna amiga en un autobús que recorre los pueblos de la comarca. Así pasó casi diez años de su vida hasta que se quedó embarazada de su único hijo. El horario excesivo que debía cumplir no era ya compatible con la nueva situación personal por la que atravesaba, pues hasta entonces se levantaba a las siete de la mañana y regresaba a las diez de la noche. El empleo que realizaba en la fábrica de calzado era el de envasadora. Eran años de bonanza económica y en la empresa le ofrecían la posibilidad de hacer muchas horas extraordinarias, de manera que —según ella reconoce— había semanas que ganaba más dinero por primas que por el jornal estipulado. Como estaba soltera y realizaba aquellos viajes con otras jóvenes de la localidad, recuerda aquella etapa con satisfacción puesto que le permitía ir a Elche y abandonar el pueblo; se recrea al revivir las comidas que hacía en un pequeño restaurante próximo a la fábrica con otros compañeros, dejando entrever cierta nostalgia del pasado; nunca se le pasó por la cabeza la idea de continuar sus estudios o cambiar de ocupación, aunque sus padres se lo hubieran podido permitir. El trabajo de clasificación y embalaje del calzado le resultaba cómodo y por ello no tenía planteadas otras aspiraciones profesionales.

Durante aquellos años en que la industria del calzado estaba en alza, la jornada laboral superaba las diez horas; en esas condiciones se mantuvo con pequeñas variantes durante un período próximo a los once años, porque estaba sujeta a una contratación eventual. Según sus palabras «iba al paro cuando había poca faena, unos seis meses al año; entonces ayudaba a mis padres en el campo y todavía ganaba dinero (el subsidio de paro). No me planteé en esas circunstancias dedicarme al aparato a domicilio porque no sabía coser a máquina ni me interesaba, y además tenía la certeza de que siempre que había trabajo me llamaban, era una empresa seria». En este caso, como en otros muy similares, estas trabajadoras muestran su preferencia por desempeñar una actividad laboral en los centros industriales ya que en opinión de muchas «en las fábricas se paga por horas no por faena».

En la actualidad, Carmen continúa dedicada al sector del calzado aunque está especializada en el doblado. No utiliza máquina y su labor consiste en el pegado de piezas que luego se distribuyen para el cosido, faena que prepara según sus palabras «no como ayuda de familia ni como complemento sino que lo hago para no aburrirme». La actividad la realiza entre mañana y tarde sin convertirlo en algo agobiante. Su madre, viuda, pasa el día con ella «echándole una mano». El habitáculo de trabajo se ha improvisado en el garaje del bungalow, al que le han incorporado una televisión, algunos muebles y una esterilla donde juega el pequeño. Se requería un lugar amplio y ventilado debido al uso de las colas tóxicas, aunque en ningún momento se quejaron de ello. Es el nuevo salón de estar y allí se sientan ambas, curiosamente bien vestidas y coquetas. En cuanto a la dedicación horaria y remuneración conseguida, es inferior a la de la mayoría de sus vecinas aparadoras, pues consiste en la unión de piezas de cuero con una cola especial, algo muy sencillo y que no requiere preparación alguna. Con las cinco horas que emplea al día, realiza unos doscientos pares por los que recibe unas veinte mil pesetas dos veces al mes. Según algunas informantes, este dinero les servía para «los caprichos» y para realizar alguna mejora en el equipamiento del hogar. Las mujeres integradas bajo este epígrafe, aunque

pocas, se identifican con un grupo social de mayor poder adquisitivo y poseen una segunda residencia en la playa donde veranean.

11.4. La relación del trabajador con la empresa

Por último, las aparadoras pueden ser clasificadas respecto a su vinculación con la fábrica. El nexo de unión en este caso es la máquina de coser, herramienta indispensable para el trabajo a domicilio. Se pueden determinar dos grupos de trabajadores en virtud de que la máquina se tenga en propiedad o en préstamo. En el primer caso, las aparadoras deben realizar un desembolso económico más o menos alto según el tipo de máquina que compren y que sea de primera o segunda mano, en cuyo caso la amortización se encuentra garantizada por la aceptación de esa dedicación laboral como permanente (caso este de los hombres dedicados al doblado).

El uso de la propia máquina lleva consigo la libertad a la hora de seleccionar los distribuidores, de acuerdo con el precio que cada uno ofrezca por cada par cosido, que es la unidad de medida. Se ha comprobado que existe una cierta fidelidad y un determinado compromiso con algunas firmas comerciales establecidas después de cada campaña, que se mantiene porque garantizan continuidad en el trabajo tras el período de inactividad (mes de agosto). A este grupo pertenecen la mayor parte de las aparadoras casadas que cuentan con años de experiencia en el oficio.

En el otro caso, las aparadoras que utilizan máquinas prestadas se encuentran sujetas a una mayor dependencia con las fábricas o los talleres filiales, porque solamente pueden coser su mercancía. En estas circunstancias aparecen muchas de las trabajadoras jóvenes y de carácter eventual, que se han iniciado recientemente y no saben si van a continuar indefinidamente en el mismo. Las ventajas de esta modalidad aumentan si se tiene en cuenta que la propia fábrica o taller corre a cargo de los gastos de reparación de la máquina en caso de averías. El paso del tiempo marcará la necesidad de adquirir en propiedad el instrumento de trabajo, cuando se descarten otros empleos.

Entre este grupo de aparadoras que cuentan con máquina prestada, hay que citar las que en otro tiempo dependieron de una fábrica. El proceso de externalización del sector ha originado la reconstrucción de la vieja organización industrial y laboral que en la actualidad se realiza en diseminado (domicilios particulares). La empresa utiliza la misma mano de obra que anteriormente tenía contratada en el interior de la fábrica y que ahora cose en las mismas máquinas que antes se albergaban en las naves industriales.

Las ventajas e inconvenientes de tener máquina en propiedad o en préstamo se comprueba en momentos de crisis o de baja actividad, de acuerdo con las variaciones del mercado. La adaptabilidad máxima la consiguen mejor las aparadoras independientes, que cuentan con máquina propia; parece que éstas gozan de un reconocimiento mayor y se integran con mayor facilidad en los circuitos de aquellos distribuidores relacionados con las empresas más potentes. No hay que olvidar que se trata de un sector muy sometido a las variaciones del mercado; lleva consigo etapas de alta y baja intensidad laboral e incluso de crisis. Por ello, en las coyunturas menos favorables, las aparadoras que no dependen de una sola fábrica sobreviven mejor.

CONCLUSIONES

De la descripción de los colectivos de aparadoras analizados en la comarca del Bajo Segura, se desprenden las siguientes conclusiones: en primer lugar, que el aparato ha penetrado profundamente en el medio rural, sin alterar los hábitos y costumbres tradicionales, manteniendo estrechamente cohesionada la estructura familiar que caracteriza a estas comunidades. No parecen reflejarse, en ningún caso, los desajustes y conflictos que, por el contrario, se han observado en los núcleos urbanos. En segundo lugar, el aparato, al tratarse de una actividad paraindustrial que se realiza en domicilios particulares, ha venido a satisfacer las necesidades de empleo y salario sobre todo de la población femenina, que ha hecho posible compaginar los roles familiares con los laborales. En tercer lugar y debido a la complejidad en que se desarrolla este tipo de trabajo, no puede presentarse como un mundo de trabajadores homogéneos puesto que da lugar a una estratificación variada, en respuesta a las necesidades individuales y a las relaciones que cada uno establece con esta modalidad de empleo. En cuarto y último lugar, se ha comprobado cómo en los municipios rurales el trabajo industrial a domicilio ha supuesto un cambio positivo, tanto en la economía local como en la vida social, al permitir mantener viejos usos y desarrollar otros nuevos que, en definitiva, han afianzado los lazos de identidad colectiva e incluso ha motivado el crecimiento poblacional. En resumen, la práctica del aparato ha logrado entre sus trabajadores un mayor bienestar y en consecuencia una mayor calidad de vida.